

zadas, que eran las de Ixtapalapan, Tepeyac y Tacuba: era propiamente una isla, un grupo aislado de casas blanquecinas, por cima de las cuales se asomaban algunas manchas sombrías formadas por la verdura de los jardines; y nuestros dos personajes solían volver los ojos hacia ella para contemplarla en medio de una superficie tersa y brillante como el acero. Los primeros rayos del sol reflejaban sobre los puntos descollantes de los edificios, y la ciudad toda, medio oculta en la niebla dorada, tornasolada á veces, que empezaba á levantar el calor, parecía una ondina, á quien sorprendía el astro rey, medio dormida en su lecho espléndido.

Era aquel un momento inefable. No se oía más ruido que el del aleteo de algunas aves acuáticas que de cuando en cuando pasaban en bandadas y pronto se perdían en el horizonte. Reinaba un silencio solemne. Las frentes de las montañas nadaban en una atmósfera ligeramente nacarada. La naturaleza parecía absorta, ensimismada, admirada de su propia hermosura; nunca como entonces se comprendía en un solo acto su variedad inagotable y su magestuosa unidad; era un solo pensamiento grandiosamente expresado por la Divinidad.

Entre tanto, nuestros dos caminantes se gozaban en el espectáculo sin desplegar los labios y como temiendo que el ruido de sus pisadas interrumpiese el delicado sentimiento que saboreaban á su vista. Iban poseídos de una embriaguez divina; pero como lo sublime no puede sentirse mucho tiempo, pasado un momento emprendieron conversación.

—¿No os parece soñar?, dijo uno al otro con voz suave.

—¿Queréis hablarme, contestó el compañero, de esta vista incomparable que el Señor nos concede gozar?

—¡De qué queréis que os hable, si no de este valle peregrino! Igual no le ví en mis días. Conozco las riberas del Tajo, celebradas por nuestros poetas; he paseado por la nunca bien ponderada vega de Granada; visité algunos de los reales sitios, pero ante el cuadro magnífico que contemplamos, debe callar toda alabanza, porque ninguna llegará jamás á dar cumplida idea de tanta hermosura.

—Los gentiles hubieran colocado en estos sitios sus elfeos campos.

—Y nosotros, á no indicarnos otra cosa los sagrados libros, no tendríamos reparo en creer haber hallado aquí el paraíso.

—Dios ha echado su bendición sobre

esta tierra, y nosotros, siervos suyos, nos afanaremos porque los moradores no pierdan los frutos de esa bendición.

Alzando después uno de ellos la voz, para que le oyese el guía, que iba á algunos pasos adelante, exclamó:

—Hijo, parece que no nos has traído por el camino más corto. Está la aldea algo más distante de lo que creía: ¿cómo la llamas en tu lengua?

—Atzcapotzalco, contestó el guía.

—“Escapuzalco”... ¿y qué significa?

—Significa... lugar de hormigas.

—¡Ah, sí!, hormiguero querrás decir. ¡Es singular! Habrá en el lugar muchas hormigas.

—No, Padre.

—¿Pues por qué le llaman así?

—Ya lo verás cuando lleguemos, respondió el joven con acento franco.

Poco después entraban todos tres en la población.

Las calles eran en extremo irregulares á causa del poco ó ningún orden en la situación de las casas, que cada vecino edificaba á su modo. ¡Pero cuánta animación en los senos de aquel laberinto!

Los hijos de Atzcapotzalco no eran grandes agrícolas; pero sí excelentes alfareros. Su mercado competía con el gran “tiánguis” de Tlatelolco; y nuestros

dos caminantes quedaron asombrados al observar la muchedumbre infinita que se agitaba en la plaza.

—¡Lado sea Dios!, exclamó uno de ellos levantando las manos al cielo: en pocas partes se ofrecerá á nuestro celo una cosecha más abundante; ¡cuántas almas que son merecedoras de conocer al Señor y de entrar en la eterna bienaventuranza! ¡Hermano, aquí está la tierra para cuya conquista hemos venido desde nuestra España!

—Vámonos con tiento. Reparad cómo á pesar de que nuestros españoles han echado por tierra muchos ídolos y templos de estas partes, quedan aún muchos en pie dentro de esta villa. Dura es la condición de estos naturales.

—Todo se alcanzará con la ayuda del cielo. ¿Juzgáis por ventura que nuestros mayores fueron más dóciles á la voz de la fe cristiana, cuando se les predicó la vez primera?... Confiad en que no pasarán muchos años sin que tengamos el gusto de ver en el lugar de cada templo del demonio, una iglesia del Dios verdadero.

Dichas estas palabras, nuestros buenos peregrinos, en quienes se habrá conocido fácilmente á dos misioneros, llegaban á lo más poblado del lugar, atra-

yendo en pos de sí todas las miradas. El gula, que era un azteca recién convertido, se veía á cada paso detenido por los curiosos que pretendían saber el objeto de la visita de los personajes, á quienes ya conocían por el vestido.

—¿Vendrán á vivir en nuestra tierra?

—¿Quieren que vayamos á levantarles sus casas en Tenochtitlán?

—Muchos de nuestros hijos han muerto de fatiga en esas obras.

Estas y otras frases eran el saludo con que recibían los habitantes de Atzacotalco al joven neófito; pero él los tranquilizaba, asegurándoles que nada tenían que temer de los religiosos de Santo Domingo, á cuya orden pertenecían los huéspedes, y que antes bien, no traían más objeto que enseñarles el camino del cielo.

Con tales insinuaciones bien pronto se vieron cercados los misioneros de los principales moradores de la aldea, quienes los acogían con singulares demostraciones de simpatía y benevolencia. A éstos siguieron otros vecinos de inferior categoría, y tras ellos, enjambres de gente llena de curiosidad silenciosa. De cada casa brotaban familias enteras que salían al encuentro de los extranjeros, y se asociaban á esta entrada triunfal

los representantes de la religión y de los principios humanitarios, que iban tomando posesión de los pueblos para transformar las costumbres y encarrilarlos por una nueva senda. Cada semblante era una pregunta muda, pero expresiva; cada mirada un deseo; y de las palpitaciones de cada corazón, una significaba el temor y otra la esperanza. Un genio misterioso extendiendo las alas diáfanas sobre aquel pueblo sencillo que asistía á una época de mudanzas y prodigios, señalaba con una mano el hasta aquí á las glorias y miserias del pasado, y con la otra los inciertos horizontes del porvenir.

Mas entre tanto, ¿qué se había hecho el joven neófito?

Arrollado y casi envuelto por las olas del concurso, había perdido de vista á los misioneros. Cuando buscado por uno de ellos se les presentó, notaron en su semblante, ligeramente risueño, una expresión de triunfo:

—Y ahora, ¿qué me dices, Padre, tuvieron razón mis abuelos en llamar á esta ciudad lugar de hormigas?

—En efecto, hormigüea aquí la gente, hijo mío.

—Pues nada es hoy en comparación

de lo que fué, dijo el mexicano con un acento de melancolía.

—Pero vosotros podéis llamaros muy más dichosos que las generaciones pasadas, por cuanto ellas no conocieron á Jesucristo, de quien vosotros seréis dignos hijos.

Hablando así, fué el apóstol levantando por grados su sonora voz, y dirigiéndose á la muchedumbre, empezó á predicarles la doctrina del Evangelio, adoptando los términos más sencillos y capaces de herir vivamente la imaginación; sus ojos ardían en un fuego divino; hablaba á veces con mesura, y á veces las expresiones brotaban de sus labios una tras otra, como las llamas de un incendio. El auditorio permanecía como arrobado ante aquel ser eminente á quien no entendía por su lengua, pero sí por otro idioma sin disputa más perfecto y más inteligible para todos, el del amor y la virtud. Aquel hombre en esos momentos era más que hombre; era un ser esclarecido, privilegiado, sobrehumano; era por sí una doctrina viviente, animada, purificada, que se insinuaba dulcemente en el ánimo como la armonía, como el sentimiento con todos sus misterios, como la pasión con todo su entusiasmo, como

la caridad con sus delicados sacrificios y sus ímpetus celestiales!

Una hora después, los dos frailes, acompañados del joven, tornaban á México por el mismo camino que siguieron antes; pero ya dejaban plantada una cruz de madera en lo más alto del teocalli situado en el corazón de Atzacapotzalco. El signo de la redención del género humano, se divisaba como un geroglífico divino bordado en la inmensa cortina de los cielos.

Más tarde, en el lugar del templo gentillico edificaban los dominicos el convento que ahora podemos visitar como un monumento, si no de los más bellos por el arte, si de los más notables por su antigüedad.

Se conoce que ocupó una área de extensión considerable; pero la acción del tiempo ha sido en él muy poderosa, y gran parte está reducida á escombros. Este hecho, que hemos visto reproducido en otros lugares aun en días en que el estado de las rentas eclesiásticas era floreciente, patentiza la decadencia del espíritu monacal. Encerrado el fraile entre sus muros medio derruidos, parecía como agobiado bajo el peso de los siglos, sin dar muestras de acción fecunda para el presente ni lo venidero. Mucho antes

de que surgiera la Reforma, se suprimían por sí mismos los conventos.

Pero la parte que aún subsiste del de Atzacapotzalco es un ejemplo del gusto de las edades precedentes.

El cementerio, que es una superficie amplia y cuadrada, tiene por límite una cerca coronada de trecho en trecho de pedestales, donde se asentaron, primitivamente, varias estatuas de piedra que representaban santos de la orden de predicadores. Decimos que se asentaron, porque al presente sólo quedan una que otra, y tan desfiguradas por la acción de la atmósfera sobre la materia de que se componen, que más que efigies, parecen momias ó problemas de efigies. Con todo, las que descansan sobre los tres arcos de la entrada principal abierta en la cerca misma, se conservan en estado menos deplorable, y parecen ser de Santo Tomás de Aquino, San Pedro mártir, y del Patriarca de la Orden. En la parte frontera de los arcos que les corresponden, se leen los letreros siguientes:

Nosotros predicamos á Jesucristo crucificado.
Lució este como sol en la casa del Señor.
Temed á Dios y dadle el honor debido.

El centro del cementerio está ocupado

por el osario, y á los lados de éste, aquí y allí, vegetan algunos olivos seculares.

A la izquierda de la iglesia, la cual mira al Poniente, se abre la portería, y después de ella, el patio principal recibe al curioso con sus frondosos naranjos que parecen coetáneos del edificio, su fuente á flor de tierra á manera del *impluvium* de los antiguos, sus corredores techados y arcezonados de madera de cedro, y sus paredes laterales cubiertas de pinturas, entre las cuales se admiran dos cuadros de Juan Correa, y son el *prendimiento* y la *última cena*.

El artista que enriqueció con estas joyas al convento, es uno de aquellos hombres modestos que no legan á la posteridad ninguna noticia de su vida, y sí solo el esplendor de su gloria. Todo lo que de él sabemos, es que fué natural de México y que floreció en la segunda mitad del siglo XVII. He aquí algunos apuntes que acerca de sus obras nos da el señor Orozco y Berra, en el Diccionario de Historia y Geografía. "Con asombrosa facilidad para la pintura y un raro talento, dejó en la ciudad inmenso número de cuadros. No sobresale por lo bello del colorido, sino por lo grandioso y sublime de la composición: sus obras principales existen

en la sacristía de la Catedral. Hasta su tiempo ningún pintor había sabido copiar con exactitud y verdad la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, cuyas efigies eran buscadas con empeño por el amor nacional; él tomó los trazos sobre papel aceitado, con el mayor esmero, y desde entonces se reprodujeron las Guadalupanas sin faltarles ni una estrella, ni uno solo de los rayos. Correa, que fue sin duda un grande artista, hizo además á su país el servicio de ser el fundador de la escuela que sobresalió en el siglo XVIII, formando discípulos como Cabrera, Ibarra, Antonio Aguillara, Antonio Sánchez, José de Rudecindo y otros de menor importancia."

La iglesia actual se edificó mucho después del convento. La fecha de la construcción de éste se ve todavía grabada en una viga de las que forman el techo de una galería. y es la siguiente:

: Mexicapa: A XXIII. Marco. 1565 años.

Es de suponerse que esta fecha se inscribiría á la conclusión de la fábrica, lo que prueba que el principio remonta á los primeros años después de la conquista.

En cuanto á la iglesia, sabemos que

se abrió á los fieles el domingo 8 de Octubre de 1702. Su interior es desmantelado y triste. Cerca de la entrada á la sacristía se ve colgado á la pared el retrato de una de las personas notables del pueblo, con esta noticia escrita en la parte inferior:

Don José del Carmen Rocha, Gobernador del pueblo de Atzacapotzalco, insigne bienhechor de este convento.

Si volviendo al cementerio se dirige la vista hacia el templo, no se observará con desagrado la fachada y la torre que son de una elegante construcción. Su mismo color sombrío contribuye al efecto pintoresco y poético del paisaje, cuyo complemento son los árboles del cementerio, las casas circunvecinas con sus grupos de fresnos, las demás capillas, cuyos campanarios blancos sobresalen entre los árboles, y por último, las sierras y el firmamento azul que sirve de fondo al conjunto.

Insistiendo en la torre, si se examina con detenimiento el lado que da frente á la plaza, se descubrirá hacia el remate del primer cuerpo una figura, á manera de hormiga, que simboliza la numerosa

población que contaba el pueblo en la antigüedad; á no ser que se quiera referir al significado de la palabra misma Atzcapotzalco, que según la traducción que de ella nos hizo el joven neófito, tanto quiere decir como lugar de hormigas.

II

Recuerdos.

Como quiera que sea, Atzcapotzalco, aunque escaso de población en el día, no por eso deja de ser una tierra clásica, ora se consulte á los tiempos modernos, ora se engolfe el pensamiento en el océano de las pasadas edades.

Xolotl, primer rey chichimeca en Anáhuac, concedió el Estado de Atzcapotzalco á su yerno Acolhuatzin, uno de los tres príncipes acolhuas, que con un grueso ejército de su nación vinieron á establecerse en el país. Tal fué el principio de la poderosa monarquía tecpaneca, cuya capital, ciudad entonces opulenta, es hoy el humilde lugar de que tratamos.

Tezozomoc, uno de sus reyes, sujetó á yugo tiránico á los mexicanos recién

venidos al valle, y por mucho tiempo fueron sus tributarios.

¿Quién ignora la horrible tragedia de Chimalpopoca, tercer rey de México, que se ahorcó él mismo en la prisión á que por fin le redujo Maxtla, después de los graves males que le causó en venganza de la parte que tuvo en la conjuración de Tayatzin contra el tirano? Esa muerte se verificó en Atzcarotzalco.

Pero pasando ya á nuestro siglo, nada ilustra tanto los anales de esa población, como la memoria de la batalla dada por el General Bustamante, contra los españoles en 19 de Agosto de 1821.

Después de la toma de Querétaro por los Independientes, emprendió el ejército su marcha para la capital: ¡cuántas esperanzas!, ¡cuánto ardor en el corazón de los héroes!, pero también, ¡cuántos obstáculos todavía qué vencer! El sendero de la gloria estaba sembrado de abrojos, y aún faltaba mucha sangre que verter en las aras de la patria. Llegó, sin embargo, el momento de acreditar en un nuevo combate la omnipotencia del valor hermanado con la justicia. Mas cedamos el puesto al señor D. D. Revilla, que nos refiere el suceso de la manera siguiente:

“El gallardo Epitacio Sánchez iba á